

UN YO EN PRIMERA PERSONA DEL PLURAL. LA SORORIDAD DE ANA ROSA DOMENELLA

Sandra Lorenzano
Universidad Nacional Autónoma de México
slorenzano@gmail.com

Conversar con Ana Rosa Domenella es sumergirse en un mundo cálido y generoso; un mundo en el que el rigor y la curiosidad intelectual van unidos al amor por las letras y a un maravilloso sentido del humor. Tejiendo puentes siempre entre su Argentina natal y México, ha sido una de las pioneras en los estudios sobre literatura escrita por mujeres. Desde ese espacio, ha escrito textos de análisis y crítica fundamentales para el reconocimiento de nuestras escritoras. Profesora de la Universidad Autónoma Metropolitana y una de las fundadoras del “Taller de teoría y crítica literaria Diana Morán”, Ana Rosa ha formado generaciones de estudiantes con una mirada comprometida con los temas sociales y de género.

Acompañadas por el verde de la Plaza San Jacinto, en la Ciudad de México, tuvimos una larga charla en el mes de marzo de este año. Ambas sabemos que, en nuestra vida de mujeres, lo intelectual, lo profesional, lo familiar, lo amoroso, lo físico, lo afectivo, van juntos, que las divisiones que nos han enseñado a hacer son forzadas, por eso fue desde ese lugar múltiple que le pedí que nos hablara sobre sí misma y sobre su trabajo.

Decíamos ayer...¹

¹ Omíto mis preguntas y comentarios en esta transcripción para hacer más fluida la lectura.

Yo soy cordobesa, pero mi origen es santafesino. Mis padres son de Rafaela, y nazco en Córdoba porque mi padre fue allí a estudiar Ingeniería y se quedó. Me he criado en las sierras, con la naturaleza; me llevaron a la Estancia Vieja de Muñoz, así se llamaba, junto al arroyo Los Chorrillos, que desemboca en el lago San Roque. Ese lugar tiene una anécdota literaria interesante; esa misma estancia que a mi padre se la dan para que viviéramos, porque trabajaba para el fraccionamiento del dueño, de Miguel Muñoz, que era gente de Buenos Aires, se la había prestado en otra oportunidad a Sábato, que escribió ahí su primera novela, *El túnel*.

En la otra orilla vivía una familia serrana, que recibía como amistades durante los veranos a los Guevara Lynch. Así que yo, sin saberlo, de chiquita ¡estuve cerca del Che!

En Villa Carlos Paz, que primero fue propiedad de Carlos Nicandro Paz, y más tarde un pueblo y luego una ciudad, hice mi primaria, mi bachillerato y entré a la Facultad de Filosofía y Letras a estudiar Letras Modernas. Me especialicé en literatura hispanoamericana con la profesora con la que me formé: María Luisa Cresta de Leguizamón, que fue la primera profesora emérita de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). La UNC se fundó en 1613; es de las antiguas universidades jesuíticas que luego se nacionalizan, cuna de las reformas universitarias de 1918: yo soy orgullosamente egresada de esa universidad. También estudié periodismo, porque a mi mamá le dio ilusión cuando abrieron en 1973, cuando yo inicié la facultad, la Escuela de Periodismo en el Círculo de la Prensa de Córdoba. En 1970 trabajé en los Servicios de Radio y Televisión de la Universidad Nacional de Córdoba, que este año (2022) cumple sesenta años al aire (SRT).

Luego me presenté a una beca de perfeccionamiento que duraba un año, y mi profesora “Malicha” Leguizamón decidió que yo era la candidata –había sido estudiante y ya era ayudante, con un cargo ganado por concurso de oposición en la cátedra de literatura hispanoamericana–.

Por cierto, en la licenciatura tuve como profesor de literatura argentina a Noé Jitrik, que luego sería mi maestro en el doctorado del Colegio de México, y compartí algunas materias con Tununa Mercado. Yo quería ir a España, porque no tenía otra oportunidad de viajar a Europa, no

había medios, y Malicha me dijo: “¿Cómo, Ana Rosa, usted que es hispanoamericanista va a conocer España antes que América Latina?”. Ella había estado becada por la OEA en México, había dado clases en la UNAM y en la Universidad Veracruzana, y tenía muchas amistades en México. Entonces me dijo: “¿Por qué no se presenta?”. Preparé un proyecto sobre narrativa mexicana y gané una de las dos becas que ofrecían. Cuando se los dije a mis padres, mamá se puso muy contenta pero dijo: “Ay, vas a ir, te vas a quedar allá, te vas a casar y no vas a volver”. “¿Qué ocurrencia la tuya! –le contesté– ¿Ya ves el futuro o qué?”. Y bueno, así fue; las madres tienen un sexto sentido, sin duda.

Entonces llegué a México, estuve todo el año 71 con mi beca, tomé clases en la Maestría en Letras de la UNAM. Ahí hice un curso espléndido sobre *La regenta* con Sergio Fernández y cursos de literatura mexicana con Aurora Ocampo, que ya trabajaba en el proyecto del Diccionario de Escritores Mexicanos. También me inscribí en la Escuela para Extranjeros porque me daban la posibilidad de ir a museos y hacer excursiones con todos los estudiantes que venían, en especial de Estados Unidos. Aproveché para hacerles entrevistas a algunos de mis profesores –Salvador Elizondo, Eduardo Lizalde– para los SRT. Así conocí México e inicié una relación afectiva con quien sería luego mi esposo y el padre de mis hijos, Pinjos Rozenel, Piñe. Volví un año a Córdoba porque yo debía cumplir con mi universidad, con la beca. Decidimos casarnos en Carlos Paz en diciembre del 72 y regresamos en enero del 73. ¡Voy a cumplir 50 años de vivir en México!

Yo ya había conocido El Colegio de México porque tenía una amiga cordobesa que estudiaba en Estudios Orientales. La coordinadora del doctorado en letras era Yvette Jiménez de Báez, puertorriqueña, otra de las madrinas que tuve. Hace poco fui a verla por el cumpleaños y le dije: “Te conocí embarazada”. Su hija Margarita ¡ya tiene 50 años! Me aceptaron y empecé el doctorado en Letras Hispánicas, un semestre más tarde que mis compañeros. Soy de la misma generación de otros colegas que hoy están en la UNAM, como María Teresa Miaja, o en la UAM, como Álvaro Ruiz Abreu, y en el mismo Colmex, como Rose Corral.

Formé parte de un seminario que organizó Yvette Jiménez de Báez sobre literatura y sociedad y entonces teníamos que trabajar algún autor

mexicano contemporáneo. Yo en ese momento hacía mi tesis de doctorado sobre Alejo Carpentier y estaba trabajando muy intensamente con *El Siglo de las luces*, pero vino esta oportunidad y tuve que elegir autor y pensé: “¿Qué autor mexicano elijo? Alguien que me ayude a superar la solemnidad de lo mexicano”. Y entonces elegí a Ibarguengoitia. Alguien como Jorge Ibarguengoitia, que podía recrear la Revolución Mexicana como en *Los relámpagos de agosto*, ameritaba estudiarlo porque siempre —lo ha dicho Juan Villoro— ha tenido muchos lectores pero poca crítica. Como la gente disfruta leyéndolo, no lo ha trabajado, y debo reconocer que mi estudio fue uno de los primeros libros de crítica sobre su obra.

En el 82 defendí mi tesis, pero el año anterior, con parte de mi investigación, había ganado el premio José Revueltas que dan el INBA y el gobierno de Durango. En el Colegio de México me habían condicionado algunos aspectos de la tesis y yo, con mi sentido de positividad, en vez de preocuparme mucho mandé a concurso una parte, pues dije “A ver qué opinan otros, no sólo el Colegio”, ¡y me gané el premio! (risas). Cuatro mil dólares que ¡ay! me sirvieron para ir con toda la familia a Argentina. Ya tenía yo a mis dos hijos en ese tiempo. Mis hijos nacieron... la hija en el 76, Valeria, y el hijo en el 80, Sergio. Luego realicé las correcciones pertinentes y obtuve el grado.

De todo ese grupo que estuvimos juntas en el Colmex, la única que trabajó a una escritora fue Aralia López, nuestra gran amiga cubana, cuya tesis fue sobre *Oficio de tinieblas* y *Álbum de familia* de Rosario Castellanos. Las demás, Luz Elena Gutiérrez de Velasco trabajó a Salvador Elizondo; Edith Negrín con Diana Morán y la propia Yvette trabajaron a José Emilio Pacheco, y ése fue el primer trabajo teórico que se hizo sobre Pacheco; Georgina García Gutiérrez eligió a Carlos Fuentes, toda su vida le dedicó su pasión a Fuentes. Nuestras otras compañeras trabajaban con Margit Frenk en el Cancionero Popular Mexicano.

Entonces ese fue el inicio de, digamos, el trabajo de investigación; yo aprendí a hacer investigación en el Colegio de México, con el rigor de notas a pie de página extensas y demás. En la época que cursamos nos controlaban las horas que pasábamos en la biblioteca, era un sistema muy especial. Mi sentido del humor y mi tema de trabajo me permiti-

tieron sobrevivir a muchas cosas. Entonces en el año 83, Elena Urrutia inició el PIEM, el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer y, al año siguiente, Aralia me invitó a iniciar un taller para intentar escribir una historia de la literatura mexicana de la vertiente de las escritoras. También se incorporan a este proyecto Luz Elena Gutiérrez de Velasco y Nora Pasternac. Yo había leído escritoras, por supuesto, pero es realmente ahí donde inicia mi interés teórico y crítico por ellas.

Empezamos con una visión primero social e histórica de mujeres, con nuestra experiencia crítica del Seminario de Literatura y Sociedad. Dos años después Aralia López dejó en mis manos el taller y se fue a La Jolla, a la Universidad de California en San Diego, y nosotras nos quedamos reuniéndonos cada quince días los viernes en un aula El Colegio de México. La convocatoria fue abierta, por periódico, además de las invitadas personales, como Diana Morán y Laura Cázares, que ya estaban dando clases en la UAM Iztapalapa. Así llegaron Gloria Prado de la Ibero, o Doris McKinney de la UNAM, por ejemplo. Así llegó gente (algunos hombres también) que no era del Colegio. Aralia López desde California nos decía “Hay que leer teoría, hay que leer teoría”, entonces iniciamos un seminario teórico de crítica literaria feminista que estuvo a cargo de Luz Elena Gutiérrez de Velasco, con el apoyo de Nora Pasternac. Leíamos textos y los discutíamos y analizábamos; el corte era 1900-1980, estábamos en el 84, o sea era la época del *boom* de la escritura de mujeres, fue una época de muchos premios, *Como agua para chocolate*, *Arráncame la vida...* Laura Esquivel vino a presentar su novela en el taller. Invitábamos a escritoras. La “Peque” (Josefina) Vicens vino a acompañarnos en algunas sesiones, a pesar de su ceguera, y más tarde había una señora que venía así, con rebozo, y que no hablaba nada. Un día le pregunté, como coordinadora del taller: “Pero, ¿usted quién es?, ¿se quiere presentar?”. “Yo pinto”, me contestó. “¿Y su nombre?”. “Leonora”. ¡Leonora Carrington venía a nuestro taller porque era amiga de Elena Urrutia! “¿Qué hace usted?”. “Pinto...”, así nomás...

De pronto nos dimos cuenta de que para entender por qué había ese auge de escritoras en los ochenta, no sólo en México sino en América Latina y en otros lugares, tenía que haber un antecedente, ¿de dónde

venían estas escritoras? Entonces fue cuando hicimos un proyecto de investigación que terminó en el libro de *Las voces olvidadas*. Fue un libro muy importante, una antología crítica de escritoras nacidas en el XIX. Lo más difícil fue conseguir el material. Esa investigación nos dio mucha conciencia sobre el trabajo de las escritoras y sobre las desigualdades.

A través de Elena Urrutia y de Aralia López desde California, se hicieron tres congresos sobre literatura de mujeres en Tijuana, con el Colegio de la Frontera Norte. No conocíamos nada de literatura chicana. Entonces nos pusimos a leerlas y decidimos hacer una ponencia grupal, se llamó “Las chilangas leen a las chicanas”. Te diré que no fue una buena idea porque no les cayó bien a las chicanas. Nos vieron como centristas, como las del centro que vienen a decirles qué hacer. Entre las chicanas estaban Gloria Anzaldúa y Sandra Cisneros y varias más. A nosotras nos acompañaron, en los distintos viajes, Elena Poniatowska, Tito Monterroso y Tita Valencia, entre otros.

Tijuana a mí me impresionó muchísimo, fue un shock: eso era la frontera, o sea enfrentarse a lo que es la cultura de la frontera, ida y vuelta, es muy fuerte.

¿Cómo empezamos a publicar? Publicamos primero la antología, y luego los dos tomos de la literatura chicana y mexicana. Aralia coordinó el libro que se llama *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos*, que es una frase de Rosario, donde aparecieron los trabajos que habíamos estado haciendo sobre las escritoras, desde la Revolución, con Nellie Campobello, hasta los años 80. Ya éramos un grupo consolidado de alrededor de veinte personas.

Buscábamos hacer una reconstrucción de la historia de la literatura escrita por mujeres, que era lo que estaba haciendo, a nivel internacional, la crítica literaria feminista. Primero buscar las voces de mujeres, ver cómo habían sido borradas, ver los huecos, las inexistencias en los programas y demás, y luego denunciar la *machocrítica*: la total agresividad contra las escritoras. El ninguneo absoluto. Doblemente muertas: muertas como tal y olvidadas.

Nació el proyecto *Escribir la infancia* propuesto por Nora Pasternac. La verdad es que nos propusimos trabajar sobre la figura de las madres, que ahora está tan de moda.

Eso queríamos trabajar nosotras, madres, por la Virgen de Guadalupe, por el Día de las madres, por el Monumento a la madre, y nos pusimos a analizar y no había madres, había hijas. De ahí que cambiáramos a infancia. Organizamos este libro como la Divina Comedia pero al revés: empezamos por el paraíso de la infancia, con las escritoras que hablaban bien de su infancia, Margo Glantz, por ejemplo, también Bárbara Jacobs, ambas de familias extranjeras. Luego había un *interregno* que es la orfandad, ahí yo trabajo a María Luisa Puga y a Silvia Molina, que escriben sobre la falta de la madre o del padre. Y luego el infierno, las visiones horribles; Inés Arredondo y Aline Pettersson entre otras escritoras. Fue un libro muy bello.

Estos libros los publicó el Colegio de México y el último de esa serie fue un proyecto de Luz Elena Gutiérrez de Velasco: *De pesares y alegrías*. Ahí ya pasamos a trabajar también América Latina. Yo trabajé a Luisa Valenzuela y su *Novela negra con argentinos*.

En esa época nos mudamos al estudio de Gloria Prado, en Coyoacán. Ya se estaban cerrando los talleres en el Colmex, el único que siguió fue el nuestro. Hace 37 años que trabajamos, nunca paramos. Entonces seguimos en el “Colegio de Coyoacán”; así lo llamábamos; ahí Gloria nos dio alojamiento y disfrutamos mucho esos años.

Se dan entonces dos cosas importantes; nos presentamos a una beca Conacyt y ganamos la primera beca que dan a Letras. Por cinco años apoyan nuestro proyecto *Femenino, masculino, escrituras en contraste*. Fue un proyecto muy importante; todo lo que prometimos lo hicimos doble; por ejemplo, en lugar de los dos libros a que nos comprometimos, hicimos cuatro. Se concluyeron muchas tesis de licenciatura y posgrado, y los estudiantes tenían becas.

Ahí trabajo a Puga con *La viuda* frente a Luis Arturo Ramos y su *Parábolas de fin del siglo*, dos visiones de la vejez en mujeres de diferentes clases sociales. En ese momento inicié mi idea de trabajar el tema de literatura y vejez, que sigo trabajando.

Más adelante, en la UAM, empecé a dar clases de teoría *queer* en el posgrado en teoría literaria. O sea, ya fuimos avanzando en nuestros estudios de crítica literaria feminista, también se amplió ese espectro. Mi proyecto personal en ese marco fue *Territorio de leonas*. ¿Por qué?

Porque en los mapas del Renacimiento, en las zonas desconocidas decía: “Cuidado, aquí hay leones”, y la obra de las escritoras del siglo xx era un territorio desconocido. Trabajamos los libros publicados en los 90 del siglo pasado, cuyas autoras habían nacido entre los años 20 y los 70. Ese libro tuvo dos ediciones.

Más adelante decidimos incluir a Canadá entre nuestros lugares de interés, porque teníamos especialistas en Canadá, y nace así el segundo volumen de *Femenino, masculino, escrituras en contraste*.

Todavía estaba con nosotras Nara Araújo; fue una pérdida enorme la muerte de Nara. Ella trabajaba escritoras francófonas, como Laura López Morales. En ese libro yo trabajé dos novelas espléndidas sobre Tierra del fuego; la de Sylvia Iparraguirre, *La tierra del fuego*, en diálogo con *Fuegia*, de Eduardo Belgrano Rawson.

Nuestro “Taller de narrativa femenina mexicana” –que así se llamó en El Colegio de México– pasó a llamarse “Diana Morán” en honor a una compañera panameña muy querida que murió. Nos convertimos entonces en el “Taller de teoría y crítica literaria Diana Morán”. En ese año, 84, gano por oposición la cátedra de Literatura Hispanoamericana en la UAM Iztapalapa. Después de que defendí mi tesis en El Colegio de México, en el 82, no conseguí una cátedra, y entonces acepté la invitación de Cristina Barros a dar clases en el Colegio Madrid; fue la única experiencia que tuve en la vida de dar clases a nivel medio superior o bachillerato. Fue una experiencia muy enriquecedora con unos alumnos muy preparados, cultos, que tenían todos los libros en sus casas. Al ganar la plaza de la UAM Iztapalapa me enfrenté a un alumnado absolutamente diferente; venían de Chalco, de Nezahualcóyotl, de las zonas periféricas de la ciudad. Era una generación de estudiantes que por primera vez compraba libros, trabajaban mucho con fotocopias. Fue complicado el cambio, pero realmente disfruté mucho esa experiencia y trabajé 35 años en la UAM, como profesora investigadora. Mis materias fueron siempre las hispanoamericanas y mexicanas de los siglos xix y xx y luego del xxi también. Impartí materias de historia de la crítica literaria, siempre me interesó la teoría. Di clases de teoría literaria feminista, de psicoanálisis; que eran lecturas totalmente nuevas para los estudiantes. Trataba de que

hicieran conciencia de cómo leer, de cómo ver el mundo de la literatura, desde un saber situado, en contextos históricos y sociales determinados. Soy consciente de que la docencia y la investigación están muy ligadas, por supuesto.

Nuestra compañera Maricruz Castro Ricalde propuso en el taller el proyecto “Desbordar el canon”, que buscaba hacer una colección sobre escritoras, propiciando una lectura diversa, diferente o complementaria, para un público general universitario, un público amplio, no especializado. Yo coordiné el número dedicado a María Luisa Puga, que fue el quinto de la colección, *La escritura que no cesa*. Antes habían salido los números dedicados a Nellie Campobello, Josefina Vicens, Elena Garro y Rosario Castellanos.

En este momento, y dentro de esta misma colección, estamos trabajando paralelamente tres libros de escritoras muy cercanas a nuestros afectos: Margo Glantz, que coordino junto con Luzelena Gutiérrez de Velasco; Aline Pettersson, que coordinan Gloria Prado y Laura Cázares; y Angelina Muñiz, que coordinan dos compañeras que le han dedicado sus tesis a Angelina: Luz Elena Zamudio y Luzma Becerra: serán los números catorce, quince y dieciséis de la colección.

Es verdad lo que tú dices de que hablo siempre en primera persona del plural, porque mi trabajo es siempre un trabajo acompañado, es siempre un trabajo colectivo. Esta posición puede pensarse desde el término *sororidad*, que se acuñó en los últimos años, pero lo cierto es que siempre hemos sido solidarias, aprendimos a trabajar juntas y al mismo tiempo en libertad, con mucha tolerancia a las diferencias. Tenemos cierto ritmo, que a algunas personas puede parecerles lento, porque oímos: los trabajos se escuchan en grupo y se comentan para enriquecer la mirada de las compañeras. Hay que escuchar y por eso es que hablo en plural.

Para cerrar me gustaría decir que, en cierto sentido, me siento una transterrada. No he olvidado mis raíces cordobesas, argentinas, y aunque no soy exiliada he estado siempre muy cerca de los exiliados, desde 1975 en que llegó Noé Jitrik a quien yo había conocido como estudiante en Córdoba. Con Piñe participamos en la Comisión Argentina de Solidaridad y en las actividades que allí se realizaban. Siempre mantuve el vínculo

con los orígenes nacionales, te decía, pero en diálogo con México. Esto me ha dado una mirada particular sobre esta patria nuestra de adopción. Tenía 26 años cuando llegué y la formación de El Colegio de México fue fundamental para convertirme en investigadora, porque profesora ya me sentía, hice mi licenciatura y el profesorado en Córdoba, pero como investigadora realmente mi experiencia es aquí y gracias a mi paso por el Colmex. Y luego el gran proyecto del taller que busca romper con esa “doble muerte” de las escritoras. Un gran proyecto que ha tenido ya una vida.

Creo que somos un grupo excepcional, por los años que hemos seguido juntas, porque hay un núcleo como de quince a veinte colegas y amigas que seguimos a pesar del tiempo. Ha habido renovaciones, claro, y gente joven que afortunadamente ha entrado.

Ahora, a partir de la literatura feminista, se abre todo este mundo de la literatura *queer*, de la literatura trans.

Además, la primera escritora trans reconocida con el Premio Sor Juana que otorga la FIL ¡es cordobesa! Camila Sosa Villada con *Las malas*. El ida y vuelta sigue entre Argentina y México.

Para mí ha sido muy enriquecedora esta conciencia del ser mujer; no solo una visión política que siempre la tuve, por herencia familiar, por mi padre –yo empecé a militar en la izquierda en la universidad muy jovencita–, y creíamos que el socialismo iba a cambiarlo todo. Pero no, nos dimos cuenta de que hay una lucha específica de las mujeres. Ha sido un aprendizaje muy rico, que siempre he hecho acompañada de mis compañeras, acompañada por la familia; por pensar la maternidad desde mi propia experiencia, por ejemplo, he trabajado el tema de maternidad. O pensar la migración también desde mi experiencia.

Me da mucho gusto haber conversado de todo esto contigo. Tenemos una larga amistad y, aunque nuestros encuentros no sean constantes, siempre recuperamos esa sensación de “decíamos ayer” cuando nos vemos.

